



Ex Libris

Teresa Cabrera Espinoza

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
1520244@unmsm.edu.pe
Lima-Perú

Gabriel Ramón, Rodolfo Monteverde y Luis Condori (Eds.).

MONUMENTOS Y NACIÓN EN EL PERÚ ACTUAL. UNA DISCUSIÓN GLOCAL

Sequillao, 2023, 262 pág. ISBN: 978-612-46706-4-0

El libro reúne 51 textos breves que abordan la relación entre los monumentos y su comunidad inmediata, con la intención de documentar los usos cotidianos de los monumentos públicos en el Perú y darle contenido a la idea de una «recepción no oficial» de estos. Los textos fueron producidos por estudiantes de los cursos Historia del Perú: Presente y Memoria, e Historia del Perú Republicano, dictados en Estudios Generales Letras de la Universidad Católica en los años 2020 y 2021, y siguieron luego un proceso de revisión y edición por parte de los docentes.

Los textos reunidos se ocupan de la vida diaria de cada monumento desde la perspectiva de la comunidad que lo acoge; un tiempo ordinario, en contraste con las conmemoraciones que les dan origen y las ceremonias de inauguración del monumento o la remodelación de los espacios públicos de emplazamiento. Los escritos incluyen contextualizaciones breves y descripciones del conjunto o pieza monumental, además de razonamientos que se desprenden de entrevistas tomadas en el entorno familiar o vecinal sobre lo que las personas piensan o sienten acerca del monumento analizado. Con este punto de partida, los artículos varían en consideraciones más o menos amplias sobre los personajes representados y los valores que se les atribuyen, el estado de las piezas y de los espacios en los que se encuentran y, en algunos casos, apuntes críticos sobre las responsabilidades públicas acerca de la permanencia y el mantenimiento del monumento mismo.

La premisa de elección de monumentos, indicada por los docentes-editores, fue «personajes históricos individuales o colectivos». Ello deja fuera la exploración de las representaciones de elementos no humanos —estatuas, esculturas o modelos escalados de animales,



elementos de indumentaria y productos agrícolas o de artesanía, entre otros— que conforman una tendencia creciente de monumentalización ya ineludible en la sociedad peruana, que hasta ahora no ha recibido otra atención que el desprecio y la descalificación con argumentos esteticistas o de vigilancia de la inversión pública. En el volumen, escapa felizmente de la indicación, el artículo dedicado a la «Alegoría de la pesca», en Chimbote. En la investigación de las representaciones de tales asociaciones simbólicas y productivas de los elementos no humanos con las sociedades humanas se ofrece una pista para reflexionar sobre los vínculos entre historia, memoria y lugar.

Aunque no era la finalidad del trabajo universitario, late en los textos el deseo de solucionar un pequeño misterio: ¿cuál es la razón por la cual tal monumento «fue puesto» aquí (y no en otro lugar)? Además de tomar en cuenta las justificaciones documentadas, una saludable desconfianza hacia las explicaciones demasiado evidentes permite el registro de versiones variadas y hasta contradictorias. En algunos pocos casos, es cierto, se cuelan imprecisiones, ambigüedades o afirmaciones de débil sustento, que lejos de ser reprobables, remarcan el carácter exploratorio del ejercicio de investigación y ayudan a identificar por dónde debe ir el entrenamiento de las y los estudiantes en cuanto a gestionar y presentar los resultados de averiguaciones, con base en un número reducido de entrevistas y una revisión limitada de fuentes.

El ejercicio es interesante, en tanto propone buscar en la presencia del monumento, y en lo que esta provoca —indiferencia, desconfianza, rencor, entusiasmo, reconocimiento—, la relación entre lugar, historia y memoria, que es, cuando no frustrante, por lo menos, inquietante. Las indagaciones se ubican en una suerte de falla de origen en el artefacto-monumento: no transmite. El malestar en los artículos —escritos por estudiantes que son a la vez vecinos y vecinas de cada monumento— radica en que el monumento no transmite la historia que su situación material y su calidad de objeto público, por convención, debería contar.

Así, el monumento puede ser pensado como una cosa que no hace lo que «oficialmente» se le pidió que haga —ser el material y la marca física de una conmemoración—. Esto bien lo hace esporádicamente, bien no logra hacerlo por cuenta propia, y en vez de ello, es más común que haga lo que no se le pidió: recordarnos a una autoridad personalista, efectista (si no directamente corrupta) o retrotraernos a una época difícil. El monumento, tal como es mostrado aquí, es también un indicador de malas decisiones de gasto público, un soporte para la más ramplona escritura del poder en la forma de placas de distintas calidades y épocas que fuerzan asociaciones de permanencia entre cosa y autoridad, deseo de trascendencia de la autoridad de turno, casi una confesión de intrascendencia por otros medios. En cualquier caso, una historia indeseable.

De este modo, la permanencia de un monumento es una suerte de constatación de su insuficiencia para cumplir una misión adjudicada oficialmente. No obstante, la presencia «física» del monumento resiste —o dicho en peruano, aguanta— la calificación de inútil, pues la finalidad que ha de cumplir nunca es limitada ni en el tiempo ni en el espacio. Si teóricamente es un artefacto que se propone como material para el reconocimiento de asuntos históricos, una cosa situada y nominada para enlazarse a actos y prácticas de transmisión de memoria y sentimientos de identidad y pertenencia, ya «suelto en plaza» suele ser más bien un sencillo punto de encuentro, una forma de ubicarse en relaciones de proximidad o distancia, una referencia para el dominio visual de un lugar. Es decir, su dimensión espacial y urbana adquiere más importancia.

En algunos de los relatos, la relación con los monumentos se define como la frustración de un deseo cívico para el que no se tienen otras vías de manifestación. Algo así como una fuerza negativa: las personas entrevistadas opinan que el monumento, en su comunidad,

no debería ser a tal personaje, sino a otro, uno que sí tenga un vínculo indiscutible con la localidad, a quien pueda atribuirse valores aprendidos como deseables para la vida pública o para modelar la relación con el país, lo que no pocas veces redundaría en el repertorio patriótico del honor, el sacrificio y la gloria, generalmente asociado a morir en una guerra perdida. En algunos casos, con los insumos en documentos o entrevistas, se reconoce que tales valores no son espontáneos, sino activamente producidos bajo un programa al que el monumento sirve: monumentalizar el heroísmo de Miguel Grau sirvió como un control de daños posguerra, y la presentación de Andrés A. Cáceres como héroe sirvió para dejar atrás al Cáceres político y presidente.

¿Qué ocurre cuando el monumento es interpretado por el vecindario como la imposición de un sentimiento ajeno a la comunidad? ¿Qué ocurre cuando en su emplazamiento sustituye algo apreciado por un cuerpo ajeno, indeseado o postizo? Mi sensación es que el malestar o desacuerdo que generan los personajes, temas o emplazamientos elegidos para los monumentos podrían también interpretarse como indicadores de éxito respecto a conectar historia, memoria y lugar, aunque esa conexión se cumpla de un modo poco placentero. En ese sentido, es exitoso el monumento a las víctimas de Tarata, no porque sea muy visitado o esté bien mantenido por un municipio rico como el de Miraflores; o *El Ojo que Lloró* (que no es tratado en el volumen), no porque concientice sobre el dolor de la guerra fratricida y la esperanza de no repetición, sino porque ambos son constantemente motivo de disputas, ataques y, de vez en cuando, de proyectos de reversión¹. Qué más exitoso que un monumento que participa de una discusión política.

Con la notable excepción del viejo monumento a los Húsares de Junín, prácticamente el único que celebra una victoria y, al lado, quizá el monumento a la mujer tacneña, que quiere dignificar una situación de resistencia, los monumentos de resonancia bélica parecen devaluados o reducidos al trato cordial; no se les rechaza, pero tampoco se les reconoce parte de un tejido local, aunque sí de una Historia con mayúscula. Al respecto, en la muestra de medio centenar de monumentos, aunque hay guerreros, no hay vencedores ni conquistadores. Destacan, en cambio, algunos fundadores civiles, como los alcaldes Alfonso Barrantes y Óscar Venegas. Barrantes, alcalde de Lima en el periodo 1984-1986, es reconocido con un monumento como fundador de Huaycán, barrio que tuvo su origen en un programa municipal de habilitación urbana en 1984, mientras que la memoria de Venegas, dos veces alcalde de San Juan de Lurigancho, aparece asociada al monumento a José Carlos Mariátegui —promovido por él con motivo del centenario del Amauta en 1994—, próximo a los barrios ocupados al amparo de los intentos de implementar desde el municipio programas de vivienda, que en los hechos fueron de apoyo a las habilitaciones urbanas destinadas a desplazados ayacuchanos. Junto a uno de los dos monumentos a Túpac Amaru en Cusco, asociado a las reivindicaciones de la reforma agraria o uno de los Atusparias, asociado a la sublevación indígena, son casos en los que se reconoce, a propósito del personaje, la síntesis de un momento histórico y el reconocimiento de una verdadera situación de cambio positivo para la comunidad local.

En conjunto, la edición del volumen propone una forma de abordar los monumentos no patrimonial, no estética, no artística, tampoco urbanística, pero sí hipersituada. Esto tiene varias virtudes, que los editores remarcan empleando dos nociones que encuentro de gran utilidad: cadena operativa y potencial narrativo. La primera refiere a las estancias en el ciclo de existencia de la cosa física pensándose para un espacio y moviéndose en

1 Algo parecido podemos decir del Parque de la Democracia en el lugar donde estuvo el siniestrado Banco de la Nación, que recientemente se rebautizó como Plaza Luis Giampietri. Es también el caso de la plaza dedicada a Luis Alberto Sánchez, que el actual alcalde de Lima quiso renombrar como Luis Castañeda Lossio.

el espacio, desde su planificación hasta su eventual destrucción; la segunda, a aquello que el monumento permite contar de la localidad y comunidad que lo acoge. Pensar el monumento como ente físico o material situado en relación con una comunidad, permite aprehender aspectos como la alta dependencia del contexto local inmediato para la supervivencia de un monumento (un caso paradigmático es el óvalo dedicado a Francisco de Paula Otero en Tarma) y, como demuestran muchas de las entrevistas del volumen, la posibilidad de establecer una línea de tiempo de la existencia individual en relación con las marcas en el espacio urbano, lo que por sí solo tiene gran potencial etnográfico.

Para finalizar, quiero hacer notar que el facilitar a un grupo numeroso de estudiantes la experiencia de participar en un libro, por el mero hecho de participar en la comunidad del aula, puede leerse como un saludable gesto a contracorriente de las malas prácticas de control de ingreso y permanencia en los circuitos de investigación y publicación que persisten y proliferan en el medio universitario y académico. Además de ello, publicar trabajos producidos en el marco de la enseñanza-aprendizaje realza el valor del ejercicio formativo de investigación-escritura en el aula. En ese sentido, podemos considerar *Monumentos y nación en el Perú actual* un modelo de relación productiva entre docentes y estudiantes, a la vez que una muestra de cómo puede enriquecerse un curso universitario cuando trasciende la dinámica de entrenamiento-evaluación y se arriesga a la formulación en común de argumentos.